

NOTAS

Aunque no fue ni mucho menos su inventor, **Antonio Vivaldi** definió en las primeras décadas del siglo XVIII la forma del concierto con solista, asentando su estructura tripartita (rápido-lento-rápido) y el estilo *ritornello* para los tiempos rápidos. El músico veneciano dejó un legado de más de doscientos conciertos para violín, pero también los escribió para otros instrumentos. No deja de ser significativo que fueran el fagot y el violonchelo los dos más representados tras el violín (con 37 y 27 obras respectivamente). Los timbres graves se ajustaban especialmente bien al gusto vivaldiano por los pasajes melancólicos y expresivos.

El ***Concierto en do menor RV 401*** es buen ejemplo de las soluciones que halló Vivaldi para esta forma. Se trata de una obra relativamente tardía, escrita en los años 30, y en la que el compositor logra una escritura de una riqueza contrapuntística extraordinaria desde el mismísimo arranque, que está tomado realmente de un movimiento Lento de un concierto para violín. El *pathos* que trasmite la página se asienta en el uso abundante del cromatismo. Sigue un Adagio de un lirismo trascendido y un final fugado de ardiente dramatismo.

Entre los conciertos dobles que han sobrevivido de Vivaldi (casi medio centenar), el **RV 531**, escrito para dos violonchelos, es de los más antiguos (está datado en torno a 1715), lo que se aprecia en un estilo no lejano al de la colección de *L'Estro Armonico*. Se trata de una obra rítmicamente imponente en la repetición de sus *ostinati* y que se caracteriza por un juego continuo de imitaciones y superposiciones por terceras entre los solistas que sacan buena parte de su material melódico de los ritornelos orquestales. El tiempo lento es una auténtica sonata en trío, con los dos solistas dialogando sobre el bajo continuo para dar forma a una elegante y melancólica cantinela.

Como preludeo de este concierto se incluye un concierto *ripieno* (esto es, para cuerdas, sin solistas), escrito en la misma tonalidad de sol menor, el **RV 156**, que pertenece a ese grupo de obras verdaderamente exquisitas del veneciano, en el que los medios son reducidos, la brevedad acuciante, pero la expresividad máxima, por su carácter contrapuntístico y su vigoroso dramatismo.

Si los conciertos para violonchelo de Vivaldi no dejan de ser relevantes por haber sido escritos en un momento en que el cello se concebía básicamente como instrumento de continuo, para **Boccherini**, violonchelista virtuoso, no dejaron de ser un medio de expresión natural, aunque su reclusión en Arenas de San Pedro con la pequeña orquesta que el infante don Luis tenía a su disposición, lo orientó más hacia el terreno camerístico, y por eso sus quintetos (con dos cellos) se convirtieron en su máxima especialidad. Los doce conciertos que se han conservado de Boccherini muestran una técnica virtuosística en expansión, en especial en lo referente al registro más agudo del instrumento. El ***Concierto en re mayor G 479*** resulta llamativo porque las secciones solistas del violonchelo están acompañadas solo por violines, lo que unido al recurso habitual a las notas más agudas del instrumento dan a la música una ligereza y una luminosidad especiales. El Allegro de apertura está ornamentado en el más característico estilo rococó. El Adagio contrasta por su carácter solemne de escritura mucho más cromática, aunque el violonchelo no abandona su tono ligero y decorativo en los pasajes solísticos. El final es una danza rústica en la que Boccherini recurre a expresivos ritmos sincopados.

Maestro indiscutible del cuarteto de cuerdas y de la sinfonía, **Haydn** no dejó un legado comparable de conciertos, aunque algunos han conseguido recientemente el favor de intérpretes y públicos. Es el caso del ***Concierto para violonchelo en do mayor***, que fue hallado en 1961 en los archivos del Museo Nacional de Praga. Se trata de una obra

datable en la primera mitad de la década de 1760 que el compositor dedicó a uno de los más destacados instrumentistas de su orquesta, el violonchelista Joseph Weigl, quien sin duda instruyó a Haydn sobre las nuevas técnicas que estaban permitiendo ampliar la tesitura del instrumento (con la técnica del pulgar por ejemplo) y facilitar el toque de agilidad, que Haydn explotará en un movimiento final de deslumbrante virtuosismo, muy contrastado con el arranque del concierto, que con sus ritmos con puntillo parece acercarse a la solemnidad de una obertura a la francesa. En el Adagio, las cuerdas se quedan solas en el acompañamiento de un violonchelo que desarrolla una línea espontánea, flexible, casi diríase nacida de la improvisación.

© **Pablo J. Vayón**

